

## ANEXO II

### Recuerdos de familia

#### El álbum familiar

A principios del verano de 2020 me reuní unos días con mis padres en su casa del campo. Ellos habían pasado los meses de confinamiento solos y aislados allí, yo en Barcelona. En algún momento antes de la pandemia, el hermano de mi madre les había dado unos álbumes familiares para mí y para mi hermano. Eran copias idénticas a las que había hecho también para mis primos, unos dosieres a color y encuadernados con una espiral típicos de copistería, donde estaban impresas las fotos escaneadas de los álbumes familiares de mi abuelo.



*Figura 1: Con mi madre viendo el álbum*



*Figura 2: Dossier del álbum familiar*

En esta foto que tomó mi padre sin que lo supiéramos (Fig. 1), estoy junto a mi madre mirando el primero de los tres volúmenes que configuran mi juego de recuerdos, el que va del año 1900 a 1972. En él aparecen fotos de mis abuelos de jóvenes, de mi madre y de mi tío de pequeños; luego ya de jóvenes con sus parejas, cuando mi padre todavía tenía pelo y mi tía parecía salida de una revista de moda. Las fotos están escaneadas de forma poco ordenada, aprovechando al máximo el papel, con algunas notas y fechas añadidas por mi tío, algunas con faltas de ortografía. Cuando mi madre vio esta foto le pareció horrorosa y dijo que se veía gorda. Yo me vi calvo, pero no dije nada porque estaba triste y quería guardar la foto.

El tercer dossier que hizo mi tío va de los años 1980 a 1989, cuando mi abuelo falleció (Fig. 2). Entonces yo tenía 8 años y él 73. Fue la primera persona en morir que yo quería. Mi abuela le sobrevivió 30 años, hasta que murió con 103 en 2019 y, entonces, mi tío hizo estos álbumes. En la portada del dossier

aparece una línea temporal con los grandes hitos familiares de aquel período: Naixement Laia, Comunió Sergi i Maria, Obres Vallmoll, La Masia, Comunió Marta, Penyiscola.

Laia es el nombre que me pusieron al nacer en 1981 y que yo cambié por Eric en 2014. Para poderlo hacer legalmente, tuve que presentar una petición al Registro Civil junto con un diagnóstico de Disforia de género expelido por una psicóloga clínica y un informe médico conforme llevaba 2 años haciendo una transición física, siguiendo lo estipulado en la ley estatal 3/2007. Después de un par de meses más de espera, recibí la notificación del juez de Madrid que daba por buenos los papeles y pude iniciar los trámites para un nuevo DNI (Fig. 3), pasaporte, etc. Finalmente conseguí cambiar legalmente mi nombre y la mención de sexo en el Registro Civil en 2016, tres años antes de que mi tío hiciera el álbum.

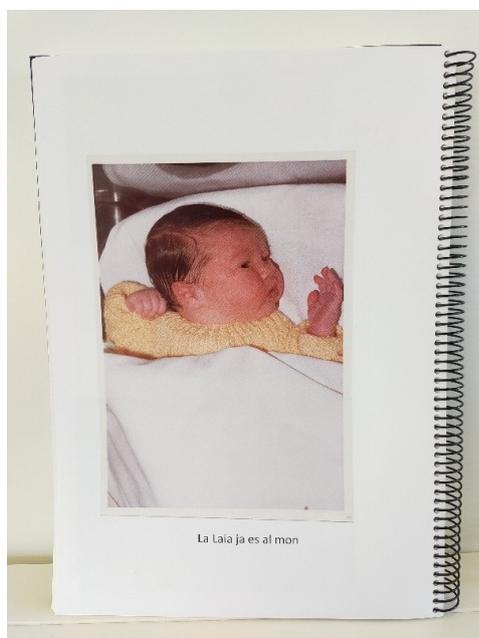


*Figura 3: Mi primer DNI con el nombre escogido*

Me pregunto si mi tío se planteó la posibilidad de poner mi nombre actual en él, si se le ocurrió que a mi podría herirme constatar que, para parte de mi familia, fui y sigo siendo Laia, que les pertenezco. Me pregunto qué pensó y si se cree con derecho a hacer lo que hizo, o quizás es incapaz de ver que pueda ser algo controvertido. La violencia que sentí al ver mi antiguo nombre en el álbum es difícil de explicar, así que no dije nada, como si la vergüenza todavía me dominara.

Cuando murió mi abuela en 2019, me encontré familiares en el funeral con los que todavía no había coincidido después de iniciar mi transición de género. Algunas de estas personas actuaron como si no pasara nada, a otras las noté incómodas. Fue una angustia que se sumó a la pérdida de una persona imprescindible en mi vida, con quién me crié y conviví hasta que me independicé a los 22 años. Cuando empecé mi transición, ella ya sufría demencia senil. Esto impidió que yo le pudiera contar mi proceso, pero fue la única de la familia que, de forma intuitiva, empezó a tratarme en masculino desde el principio.

Mi antiguo nombre aparece más de una vez, aquí en mi primera foto (Fig. 4), con el comentario “La Laia ja es al mon” (Laia ya llegó al mundo). Algunes dirían que Laia nunca existió en realidad, aunque yo me esforcé durante más de 30 años en encarnar su idea.



*Figura 4: Mi primera foto*

Miro esta foto y no me reconozco en este bebé rechoncho al que le esperaba jugar el papel de la niña de la casa, de hermanita menor, de la pequeña de entre los cinco primos y primas. Iba a ser el perro verde de la familia, a pesar de la educación y mi entorno normativo.



*Figura 5: Con mi abuela materna, Conxita*



*Figura 6: Con mi abuela paterna y materna, Conxita y Conxita*

Aquí estoy con mi abuela materna, la que vivió más de un siglo (Fig. 5). Ella me hacía la comida y me lavaba la ropa, me contaba historias sobre la Guerra Civil, que le pilló en plena juventud, me cuidaba mientras mi madre trabajaba. Nuestra relación no fue siempre fácil.

Mi abuela paterna también vivió con nosotros, aunque solo los últimos años de su vida. Como no estaba siempre, se podía permitir ser más permisiva. Era muy católica y murió en 2004, antes de que empezara la transición. Todavía la echo de menos. Aquí las dos sosteniéndome como a un trofeo (Fig. 6) y una foto con mi madre, que era más joven de lo que yo soy ahora (Fig. 8). Cuando salí del armario la primera vez, me dijo que le parecía estar viviendo en una pesadilla y que le daba pena porque no tendría

nietos. Cuando salí del armario trans, me preguntó qué había hecho mal. Con el tiempo ha aceptado mis particularidades, creo que sobretodo porque ahora me ve feliz y se ha informado del tema.



*Figura 8: Con mi madre, Conxita*



*Figura 7: Con mis primas, Maria y Marta*

En las fotos de bebé, voy pasando de mano en mano, como una muñeca. Mis primas me sostienen, vestidas como gemelas, aunque se llevan un par de años (Fig. 7). Recuerdo que su madre les hacía coletas muy tirantes, echando colonia Nenuco en el pelo, y ellas se quejaban. Parezco una niña muy deseada, vistas las caras de felicidad que provocho. Como para todes, la construcción de mi género empezó antes de nacer, y sus normas actuaron sobre mi cuerpo desde que era un bebé a través de las ropas, las caricias, la ternura. También a través de las palabras que invocaban el hechizo, *quina nena más bonita, la meva nena!* Todo lo que imaginaron que sería, todo lo que anticiparon que querría y me ofrecieron con mucho amor.



*Figura 9: Paseando a una muñeca, día de Reyes*



*Figura 11: Dando el bibe a una muñeca*



*Figura 10: Con un vestido*

De los primeros años no recuerdo nada, como es usual. Parece ser que el cerebro hace un proceso de borrado sobre los tres años para olvidar el trauma del parto, el crecimiento doloroso de huesos y dientes, o algo por el estilo. Aunque también dicen que en esos años se forma nuestra personalidad. En la mía siempre han dominado el instinto de supervivencia, la empatía por las emociones ajenas y el miedo al rechazo. Esto último posiblemente ha ido creciendo con el tiempo y reforzándose a base de experiencias negativas, pero ya estaba allí cuando evitaba rebelarme siendo una criatura, cuando no creía tener derecho a pedir nada, sino que esperaba a recibir lo que el resto quisiera ofrecerme. Cuando miro estas fotos (Fig. 9 a 11) solo veo a una niña intentando jugar a lo que se le ofrece, sin saber muy bien cómo ni por qué. Intentándolo a

conciencia, tal como recuerdo que intenté durante muchos años cumplir con las expectativas de mi familia, de mi madre, siempre con el terror a perder su amor, a que se diera cuenta de que algo estaba mal conmigo. Algunos de mis recuerdos más antiguos son las pesadillas recurrentes en las que ella me abandonaba y se iba con mis primas, con otras niñas, y no miraba atrás.



*Figura 13: Feliz con una piña*



*Figura 12: Con mi hermano, Pau, y nuestro perro Xaloc y la gata Siamesa en el campo*

Las muñecas nunca me gustaron, no sé por qué; lo que sí sé es que desde chico he sentido un impulso hacia la naturaleza, una conexión casi mística con la vida vegetal y los animales (Fig. 12 y 13). Coleccionaba peluches de animales y quise a todos los perros, gatos, ratones, tortugas y pájaros con los que conviví. Me gustaba estar en el campo, trepar a los árboles, nadar o remojar me en cualquier parte. En medio de la naturaleza siempre me he sentido sin género, simplemente vivo entre la vida salvaje.



*Figura 15: Con mis primas, mi primo Sergi y mi hermano*



*Figura 14: Jugando en el parque*

En estas fotos me veo realmente feliz, todavía con un bañador de una pieza (Fig. 15), con pantalones para poder correr y brincar (Fig. 14). Una de las cosas que más me impactó cuando ojeé el álbum fue la cantidad de faldas y vestidos que llevaba puestos en las fotos. Esto contradecía totalmente el mito que repetí durante años según el cual cuando tenía 2 años tropecé con mi vestido y a partir de entonces nunca más quise

ponerme faldas. Está claro que, aunque no quisiera ponerme faldas (estoy convencido de ello), no era yo el que escogía la ropa, sobretodo en las grandes ocasiones, que son las que retrataba mi abuelo (Fig. 16 a 19). Entonces, sacar una foto era una inversión y la mayoría se hacían solo en días importantes, como Reyes, cumpleaños, comuniones y bodas. La imagen de la familia que queda, entonces, se desvirtúa, volviéndonos a todos más elegantes, más unidos, siempre felices y celebrando, también más normativos. Y así nos recuerdan el resto, reescribiendo los recuerdos a base de postales idílicas, fijando una imagen que encarna un ideal que representábamos para la ocasión. Solo a los bebés se les permite llorar en las fotos.



Figura 16: En Pascua



Figura 19: Con un lazo

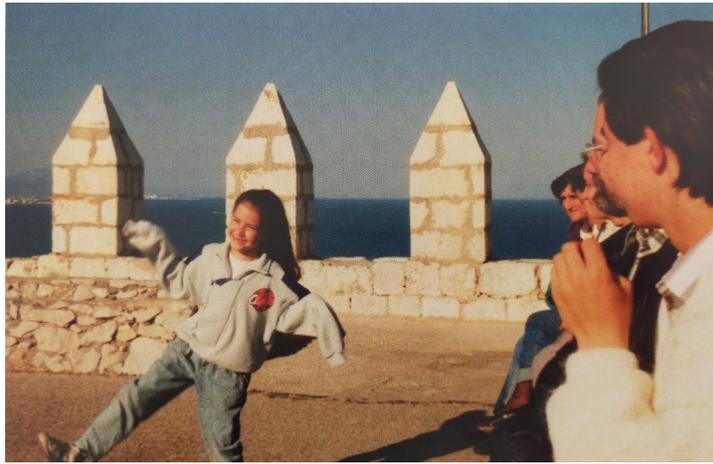


Figura 17: Con un vestido



Figura 18: Haciendo el pino y el puente con un vestido

La ropa que nos ponen, los juguetes que nos regalan, lo que nos dicen que somos. Todo ello nos da pistas de lo que se espera de nosotros, de lo que va a ser premiado, de lo que no causará ninguna rotura. Desde pequeño tuve muy claro que debía amoldarme a una idea de niña que percibía de las mayores, sobretodo de mis abuelas y mi madre. Tenía pánico que descubrieran que no daba la talla, que eso que intentaba imitar no lo sentía mio, y vivía confundido por las normas de género, que para mi eran incomprensibles. Durante un tiempo me apuntaron a ballet (nunca me he aburrido más en mi vida); mientras, me moría de envidia de una compañera de clase que hacía karate. Nunca lo dije, porque sabía que estaba mal. Todo lo que pudiera hacer sospechar al mundo de mi masculinidad lo vivía con culpa y vergüenza, intentaba borrarlo, reprimirlo. Como esos pequeños pelitos que en la adolescencia asomaban encima de mi labio, o los pelos de las piernas, con los que peleaba con asco. Mientras en casa era una persona sumisa, sufría ataques de rabia en la escuela, donde empezaban a tratarme mal, y más de una vez pegué a un compañero. Estaba convencido de que había en mi algo perverso, oscuro, anormal, que era un monstruo, y nadie se podía enterar, porque dejarían de quererme.

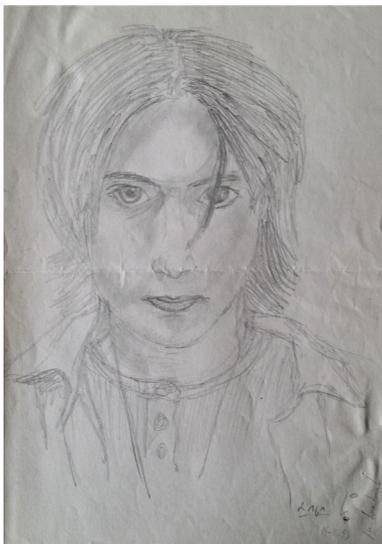


*Figura 20: Haciendo el tonto frente a la familia*

El álbum de mi abuelo termina con fotos de esta excursión a Peníscola (Fig. 20). Entonces yo tenía 8 años. Aquí estoy haciendo el tonto, con un jersey que debí heredar de mi hermano, feliz de ser el centro de atención sin mi disfraz de princesa. Supongo que entonces mi abuelo ya estaba muy enfermo y que, mientras yo seguía feliz en mi ignorancia, el resto guardaba las formas en esta excursión casi de despedida.

### Recuerdos personales

No guardo fotos de mi adolescencia, viven en casa de mis padres, en álbumes de viajes y en algunas cajas que, desde mi transición, solo he mirado una vez. Me dan mucha pena porque me veo muy triste y me recuerdan los malos momentos en la escuela e instituto, la angustia de no encajar, las miradas de desprecio, la sensación de no reconocermé en el espejo, de estar mirando al vacío. Como siempre me ha gustado dibujar, por entonces empecé a hacerme autorretratos, como una manera más de mirarme y de verme (Fig. 21 a 26):



*Figura 22: Autorretrato con 14 años*



*Figura 23: Autorretrato con 15 años*



*Figura 21: Autorretrato con 15 años*



Figura 25: Autorretrato con 15 años



Figura 24: Autorretrato con 16 años



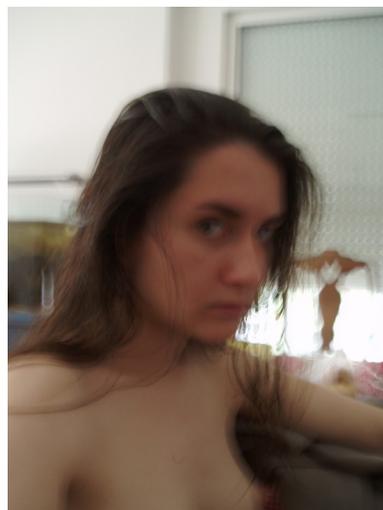
Figura 26: Autorretrato con 18 años

Hice el último con 18 años y lo titulé *Intentant comprendre*. Supongo que intentaba comprenderme a mí mismo, pero todavía tardaría unos 15 años más en entender y aceptar algo importante: que el género que me habían asignado no iba conmigo. Mientras tanto intenté ser una joven y una mujer, primero heterosexual, luego lesbiana, sin acabar de sentirme en el sitio ni plenamente real. La persona que aparece en este archivo de retratos me parece más verdadera que la de las fotos, al menos la siento más cerca de mí. Según mi experiencia, ser trans te sitúa a una distancia de la vida en la que el mundo entero, incluido el cuerpo, se percibe desde lejos. En estos dibujos no hay objetivización, son una conversación íntima conmigo mismo, un intento de conectar con la vida.

Cuando salí del armario heterosexual a los 21 años, la relación con mi familia se deterioró mucho. Esta fotografía que me hizo mi madre en la playa es de unos meses antes (Fig. 27). Se puede apreciar cómo, entonces, seguía esforzándome por recrear un ideal femenino. Mi delgadez casi patológica era consecuencia del rechazo a las curvas femeninas de mi cuerpo, de las que quería huir. Alertada por mi peso bajo, mi madre me hizo análisis de sangre, pero no me llevó al psicólogo. Calculo que estaba más o menos deprimido desde los 12 años. Si el paso de niña a mujer que supuso la regla me rompió, el salto a la universidad y a la vida adulta, hacia un futuro en el que no conseguía verme, me acabó de hundir. Mi cuerpo y mi mente seguían moviéndose dentro de los parámetros que se me ofrecían, sin voluntad de traspasar los límites, sumidos en la tristeza y el miedo. Cuando mis miedos cobraron entidad y sentí el rechazo de mi familia y amigos, me independicé y dejé de acudir a los encuentros y celebraciones: ni cumpleaños, ni Navidad, ni bodas. Primero me negaba a ir, luego ya dejaron de invitarme. En las fotos familiares de esos años no aparezco, tampoco ahora estoy en las fotos que adornan la casa de mis padres (todas son de mi infancia). A las imágenes que celebran los lazos de familia faltó yo, la única persona que rompe la normalidad. Esta rotura me ayudó, con el tiempo, a entender que podía sobrevivir sin ellos (aunque no quisiera).



*Figura 28: En la playa con 21 años*



*Figura 27: Autorretrato con 26 años*

Este autorretrato borroso hecho en mi casa (Fig. 27) testimonia uno de los momentos más duros de mi vida. Sin apenas vínculos con mi familia, habiendo terminado la relación sentimental que tenía, sin amistades con quien compartir el dolor y, en mi mente, aflorando el pensamiento de lo trans, me sentí más solo y desesperado que nunca. Todavía tardé muchos años en poder enfrentar mi realidad y tener la capacidad de arriesgarme a perderlo todo.

La gente que nacimos en los 80s, no tuvimos referentes de hombres trans en nuestra infancia y, durante nuestra juventud, el primero conocido fue el desdichado Brandon Teena a través de la película *Boys Don't Cry*. Conocer su vida fue devastador para mí. Durante años, si en mi mente asomaba cualquier idea que me hacía empatizar con esa persona, la sepultaba tan hondo como podía. No había un futuro posible en ese relato, solo violencia y muerte, y yo no quería morir.

Solo el peso de mi tristeza, el sinsentido de mi vida, fue una amenaza mayor para mi supervivencia. Intenté por todos los medios ser feliz, o al menos sentirme vivo, dentro del marco en el que me habían colocado. Intenté cumplir con las expectativas de ser una mujer, dentro de sus márgenes más o menos amplios, amoldarme con lo que me había convencido que era la única manera de vivir, hasta recosí la relación con mis padres. Nada de esto pareció funcionar y la muerte venía hacia mi de todas formas. Transitó por necesidad, por pura supervivencia, a pesar del miedo.

No lo podría haber hecho solo. Tuve la fortuna de encontrar a personas que me escucharon y me ayudaron, que me dieron herramientas, que me llamaron por mi nuevo nombre. Personas como yo, personas del colectivo trans, que compartieron sus vidas y sus luchas, a las que me sumé (Fig. 29). Me hice llamar activista, me puse pesado en el trabajo y conseguí lo impensable, llevar lo trans a la biblioteca (Fig. 30). Guardo muchas fotos de esa época, forman parte de una vida en la que me reconozco, de la que no me avergüenzo.



*Figura 29: En 2016 durante el Orgullo*



*Figura 30: Inaugurando el fondo trans en la biblioteca Nou Barris, en 2017*

Desde que empecé a transitar, leí mucho, vi muchos vídeos, hablé con mucha gente, cogí fuerza y alegría, me enamoré de estar vivo, empecé a sentirme orgulloso de quién era y a dejarme querer. Ahora, si me miraban, me veían a mí. Pude empezar a construir relaciones verdaderas y a sentirme cerca de los que me querían; de mi familia (Fig. 31 y 32), de mis amigos, de un nuevo amor sin referentes ni normas (Fig. 33).



*Figura 33: Con mi abuela, en 2015*



*Figura 32: De viaje con mis padres, en 2015*



*Figura 31: Con Ian, en 2017*